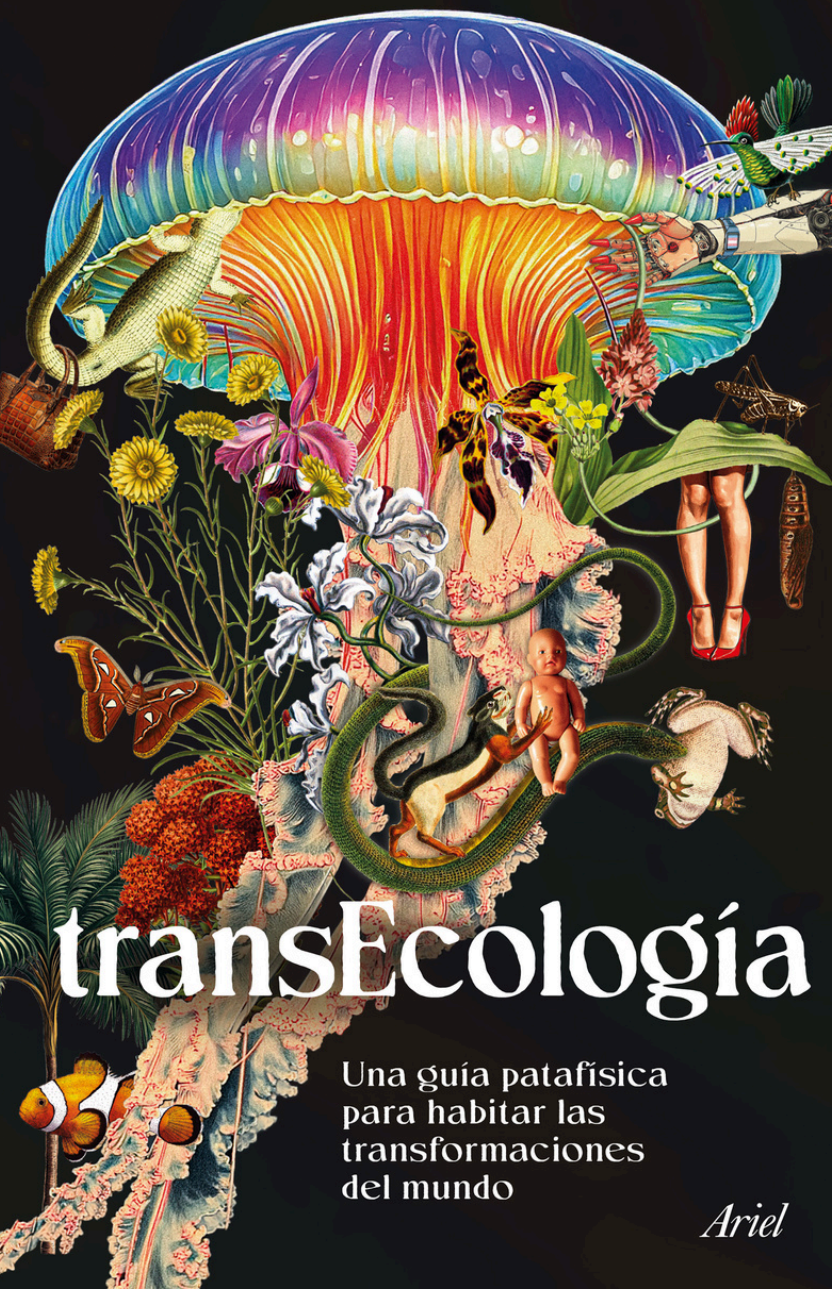


Brigitte Baptiste-Ballera



transEcología

Una guía patafísica
para habitar las
transformaciones
del mundo

Ariel

¿Te gusta leer? Únete a nuestras comunidades de lectores en redes sociales:



@Planetadelibrosco



@Planetalibrosco



Y uno para quienes disfrutan del ensayo, la crónica y lo mejor de la literatura:



@leeresmiplan



Regístrate aquí

Únete a nuestra comunidad de lectores, encuentra contenido exclusivo y comparte tus libros favoritos.



Planeta de Libros

Ariel

transEcología



Brigitte
Baptiste-Ballera

transEcología

Una guía patafísica para habitar las
transformaciones del mundo

Ariel

Ariel

© Brigitte Baptiste-Ballera, 2025
© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2025
Calle 73 n.º 7-60, Bogotá

Diseño de cubierta: Daniel Villamizar

Primera edición: febrero del 2025

ISBN 13: 978-628-7569-85-0
ISBN 10: 628-7569-85-9

Impreso por: xxxxxx
Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos; queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

A Pacho González (1952-2024), con infinita gratitud.

Ariel

CONTENIDO

Prólogo

Ecología crisálida II

Prefacio.....17

Introducción21

0. Los orígenes: entre la descendencia africana y
la ascendencia ubicua 35

1. Ecofeminismos: la progresiva irrelevancia del género 43

2. Etnoecologías: los conocimientos nativos y
la multiplicidad de naturalezas..... 57

3. Ecologías de la Modernidad: al encuentro de las
entidades emergentes y sus relaciones trastornadas..... 77

4. Ecología política: el arte de enfocar (y acomodar)
las relaciones vitales 97

5. Ecologías de la trascendencia o el retorno de
la espiritualidad abstractaII3

6. Ciberecologías: el reto gozoso de volver a diseñar el mundo	121
---	-----

Conclusión

El problema de la naturaleza y la sostenibilidad	143
--	-----

Epílogo	149
----------------------	-----

Referencias adicionales	151
--------------------------------------	-----

Agradecimientos	153
------------------------------	-----

Ariel

PRÓLOGO

Ecología crisálida

Germán I. Andrade¹

Un gran reto comentar este particular libro, que, más que una compilación de narrativas sobre diferentes ecologías, es un testimonio vital. Nos ofrece Brigitte Baptiste un texto pensado —¡y mucho!—, pero, sobre todo, uno vivido. Para la autora, la ecología *trans* no es solo una opción intelectual ilustrada con muchas fuentes, sino una opción de vida. Por supuesto, llena de conocimiento y, en especial, de sugerencias, en el tono retador que siempre la ha caracterizado. Estamos, pues, no frente a un texto, sino frente a una vivencia de la que lo escrito es testimonio, parcial, por supuesto. Una integración no muy frecuente, por cierto, cuando las autorías toman esa distancia prudente con los textos.

Un ejemplo sugerente de la propuesta de Gregory Bateson “Mente y naturaleza”² como una unidad necesaria. Y son, justamente, esos pasos hacia una ecología de la mente los que

1 Amigo de Luis Guillermo Baptiste y, luego, de Brigitte. Testigo de un testimonio de vida, la valentía de la autenticidad.

2 Gregory Bateson. 1979. *Mind and Nature. A Necessary Unity*. Bantman New Age Books. New York.

Brigitte nos narra en su propuesta, con conexiones que va hilando en el texto sobre su propio devenir en torno a una y otra ecología, lo que resulta sugerente. Además, es una propuesta muy simpática para quienes lo conocimos en el siglo XX, como un ecólogo destacado, pero convencional. Para él, ese diálogo con las ecologías ayudó a construir su nueva identidad, que ahora ella recoge con mayores pretensiones. Es una historia vivida en relaciones intelectuales, institucionales y humanas complejas. Un Luis Guillermo por naturaleza, que se constituyó en una Brigitte por autodiseño. No extraña, pues, en su aproximación crítica, su casi obsesión de deconstruir (en ocasiones, de demoler) el concepto de naturaleza, que comenzó por la suya propia.

Su lectura de varias ecologías es sugerente, y consistente con el argumento que destrona esta disciplina en sus aspiraciones como una ciencia unificada o de síntesis, pues, como dice Jean-Marc Drouin, no hay una ecología, sino varias, que se describen “en sus propias historias”³. Así, las reflexiones diferenciadas convergen no como un aporte a un *corpus* de la ecología, siempre incompleta, sino como testimonio de un cuerpo en metamorfosis. No imaginamos quienes lo conocimos en el siglo pasado que en su ser se gestaba una nueva ecología, como una crisálida que habría de florecer en el siglo siguiente. No logramos ni siquiera sospechar en ese momento en el que se reveló esa transición que, más que ello, era una metamorfosis completa. Así, sus formas atrevidas de presentar sus puntos de vista sobre tal o cual ecología, o asunto ambiental, reflejan las narrativas aparentemente caóticas, que se toparon con ella, quien les dio forma en el camino de su desarrollo narrativo.

Brigitte ilustra y sugiere, pero deja, ante todo, muchas preguntas. Lo novedoso en este libro es que las dudas sobre tal o

3 Jean-Marc Drouin. 1991. *L'écologie et son histoire*. Champs Flammarion.

cual ecología no son vacíos de conocimiento o énfasis en enfoques encontrados, sino, acaso, la verdadera intención del libro. Sembrar una duda en torno a la ecología, que termina construyendo la ecología de la duda. Destronar una forma de ver el mundo, que se pretendió sintética, y que sucumbió en el mundo de lo que se quiso transformar.

Un tema que preocupa en la lectura, y que podría ser interpretado como un vacío de apreciación en las ecologías o, acaso, como una opción personal —que tiene historias que se pueden ilustrar— es una visión limitada en el capítulo “Ecología política”. En particular, el conflicto socioambiental, a partir de lo que se puede afirmar y de lo que resulta no reconocido. Subestimar no es un vacío menor, dada la intención deconstructiva y reconstructiva del concepto mismo de ecología; pues, acaso lejos de las preferencias particulares de la autora, una parte del conocimiento actual de la ecología como praxis social es producto de la evolución de narrativas en torno al conflicto socioambiental. Su énfasis, o sesgo, en la ecología social y política sería el costo de la actitud de deconstrucción radical que la caracteriza. Y aquí aparece de lleno la Brigitte que hoy conocemos, y que en su vida personal no presentó nunca aversión al qué dirán ni, mucho menos aquí, al qué pensarán de su narrativa ecológica. Lo más sugerente de este libro, y que podría ser objeto de críticas ilustradas desde la ciencia, es la unidad inexorable, acaso abusiva, entre el mundo de lo subjetivo y el de lo objetivo. Que no son opuestos racionales, sino nuevas subjetividades y nuevas objetividades que surgen de las agencias recíprocas entre la Tierra que sufre, el ser humano que la hace sufrir y el sufrimiento recíproco que ahí emerge, al decir de Bruno Latour⁴. Aquí, el argumento podría sustentarse con sugerencias de lecturas de agencias cruzadas entre el ser humano

4 Bruno Latour. 2022. *If we lose the Earth, we lose our souls*. Politybooks. Cambridge.

que transforma la naturaleza, más allá de los límites externos, y la naturaleza que transforma el ser humano, más allá de los límites internos de la anatomía y la genética. De nuevo aparece en el escrito de Brigitte una cercanía necesaria entre el mundo de la mente y el del ambiente. Agencias cruzadas que devienen en un mundo en riesgo, del cual estoy seguro de que Brigitte, en su persona y en su entorno inmediato, no ha estado exenta. El riesgo de transitar, que se convierte en la metamorfosis del riesgo en sí misma.

Con todo, a veces la lectura del libro sugiere que la autora es adicta a una especie de relativismo radical. ¿Toda una ecología líquida emergiendo? En este sentido, la propuesta de la autora es menos deconstructiva, porque no se sabe exactamente cuál es el mundo narrativo que va a dejar, y es, por eso, más demoledora. No hay, pues, en esta obra un plan o una ruta, sino que emerge un propósito deconstructivo cuyo resultado está a la vista. Nos quedan las ruinas para admirar y disfrutar.

Así las cosas, emerge en el concepto de ecosistema (palabra que ya se usa en muchas acepciones desde las ciencias biofísicas o socioecológicas hasta la teoría organizacional) una dimensión no suficientemente explorada. Y creo que —al menos, para mí— es inédita. El ecosistema como un constructo comunicacional, del cual Brigitte ya es maestra. Es decir, una palabra compleja que hace referencia a los famosos problemas insolubles o perniciosos, y que tiene un valor heurístico, ante todo. Una palabra que nos pone a conversar sobre lo que sería una ecología crucial. Así las cosas, a lo largo del libro es posible que el lector —al final, o mientras avanza— pueda afirmar que ya no sabe qué quiere decir la palabra ecología, al abrazar tantos significados en juego.

Tengo la convicción de que este es un texto inconcluso, al cual le faltaría, siguiendo el enfoque del libro de ilustrar para intervenir, un concepto de cierre, el cual sería una “ecología

en un mundo (sujeto objeto) en riesgo”, en el sentido de la metamorfosis que propone Ulrich Beck⁵. Le falta, en este sentido, a este libro un cierre, que no sería ya solo ecología, en el sentido de las varias fuentes revisadas, sino una epistemología completa del mundo perdido por naturaleza y del reconstruido por el diseño. Sería Brigitte una referente fundadora de la ecología de la metamorfosis del mundo en su propia persona. Una ecología crisálida. Más que frente a una ecología trans, estaríamos apenas frente a un largo prefacio de una metamorfosis en su ecología vivida. Quienes la leen hoy tendrán en sus manos un sugerente texto para estudiar, criticar y, sobre todo, disfrutar. Gracias, Luis Guillermo Brigitte.

Ariel

5

Ulrich Beck. 2016. *The Metamorphosis of the World*. Politybooks. Cambridge.

PREFACIO

*La sociedad no está fuera de la naturaleza ni contra
ella, está en la naturaleza y por la naturaleza.*

SERGE MOSCOVICI, *LA SOCIÉTÉ CONTRE NATURE* (1972)

Cuando escuchamos la palabra *ecología* evocamos con mayor frecuencia el color verde y la idea asociada de una naturaleza bondadosa, y que ha venido creciendo en nuestra cultura a raíz de la crisis ambiental. Nada más lejos de la realidad. La ecología es una disciplina de origen occidental que busca entender cómo se organiza y funciona el mundo a partir de la interacción de sus componentes físicos, biológicos y humanos, con el fin de aportar una visión integral para las decisiones que toman personas, comunidades, gobiernos, instituciones o empresas respecto a la mejor forma de organizar sus actividades. Los ecosistemas resultan de la materialización geográfica de los sistemas de relaciones concebidos por cierta lógica, ciertas categorías y entidades que, incluso, pueden ser postnormales y hasta patafísicas o fantásticas; de ahí su afinidad con las artes, pero que al final se resuelven y se expresan en un territorio, un *oikos* (casa) en el cual operar.

La ecología también es una propuesta para ampliar el rango de disfrute de la vida en todas las expresiones de su complejidad, dado que está profundamente ligada al reconocimiento de la evolución, el cambio ambiental y la innovación cultural. En ambos sentidos, consecuentemente, no considera ninguna idea de naturaleza que no contenga o no sea la totalidad de la historia del planeta, incluida la presencia humana y todos sus efectos materiales y simbólicos, lo cual a veces deviene en nostalgia, pues nuestro rango de valoración de los acontecimientos que estructuran el mundo que habitamos es extremadamente estrecho y extrañamos el pasado, falsamente asociado a la idea —tal vez tranquilizadora, pero traicionera— de estabilidad.

La ecología, como disciplina occidental, hace parte de una construcción cultural que se basa en el método científico y tiene un origen, una evolución y múltiples escuelas de pensamiento, donde siempre hay controversias e interpretaciones, el único mecanismo que conocemos en nuestra tradición para profundizar en el conocimiento, y que nunca es dado, nunca revelado; todo lo demás, proviene de nuestra interacción acuciosa con los demás seres vivos y el entorno inorgánico que los soporta, a tal punto que a veces sentimos que estos hablan. Podríamos, por ello, pensar inicialmente que la ecología es una ciencia, ante todo, descriptiva, que descubre el mundo y busca mejorar la comprensión del universo para garantizar que la presencia humana perdure y lo haga cada vez en mejores condiciones; es decir, sosteniblemente. Pero esto solo es parcialmente cierto: la ecología es, ante todo, una ciencia experimental, pues la existencia y el comportamiento de nuestra especie en la Tierra es un gran ensayo evolutivo, lleno de innovaciones que transforman esa naturaleza, aparentemente universal, a la que apelamos como fundamento ético o estético de nuestra existencia, y de la cual no nos podemos abstraer como seres “sobrenaturales”, pues provenimos del mismo ancestro vital de todos los seres

vivos y, como decía Carl Sagan, del mismo polvo de las estrellas. El problema es que nuestra inserción (o inmersión) absoluta en el mundo hace que sea prácticamente imposible disociar nuestros intereses como especie del conocimiento que construimos para persistir; de ahí el reconocimiento autocrítico acerca de los límites de la verdad (o la certeza), la importancia de los cuerpos situados, pero intercomunicados, y la intensidad de los activismos, pese a los conflictos que nos atraen: para mal o para bien, la ecología y sus ecologismos evalúan constantemente nuestro propio rol como agentes de cambio, y eso conlleva profundos retos existenciales y epistemológicos.

Juzgar el efecto de las acciones humanas en el mundo desde nuestra perspectiva, inevitable, a menudo obnubila nuestro pensamiento: provenimos, pero somos culturas en divergencia y en cada acción, en cada modo de habitar el mundo, de resolver las tensiones de la existencia, aparece una trayectoria posible, un modo de “ser humano”, un experimento adaptativo. Vemos, cuando las vemos, las mismas estrellas de las que decimos provenir, aunque cada latitud nos trae su ángulo. Dibujamos entre ellas, cuando dibujamos, cosas extremadamente distintas: constelaciones o lentes gravitacionales, plantas o animales fantásticos, objetos e, incluso, gestos provenientes de la oscuridad de la memoria o la luz de las historias, todo lo cual nos obliga a poner en duda el contenido de la palabra “nosotros”, pues parte del resultado de la evolución ha sido, precisamente, la diversificación de las identidades dentro de lo humano, gracias a su rápida expansión por el planeta, la capacidad adaptativa derivada de la capacidad de crear modelos abstractos con nuestro cerebro, la sensibilidad ampliada de nuestros cuerpos, el erotismo y la búsqueda del placer; fuentes siempre por reivindicar en nuestra historia como especie, creadoras de la heterogeneidad social y económica que se manifiesta como bienestar y satisfacción, pero también, como exclusión, discriminación e

injusticia. De ahí que no solo haya escuelas de pensamiento ecológico dentro de la tradición occidental, sino maneras de hacer ecología en otras tradiciones o por otras personas, maneras atadas a sistemas de valores muy distintos, a formas de darles sentido a modos de existir radicalmente distintos y que confluyen, en este preciso momento de la crisis de lo humano en la Tierra, en un cúmulo de propuestas que habremos de seguir abordando, ojalá, de manera pacífica⁶.

El propósito de este texto, planteado como “guía patafísica” para recordar cuánto las utilicé en mis aprendizajes de campo como bióloga (y cuán subjetivas y maravillosas eran)⁷, es ayudarnos a hacer conciencia de la multiplicidad de formas de hacer o abordar las ecologías, entendidas como interpretaciones de las relaciones entre entidades humanas y no humanas, sus eventuales convergencias o divergencias, y sus efectos en la conversación global acerca de la crisis climática y de la biodiversidad, todo lo cual se deriva de la consideración y el cuestionamiento de la permanente transformación de aquello que reconocemos como sistemas vivos entrelazados o interdependientes, y de su aprehensión y su resignificación permanentes en contextos de alta complejidad, por lo cual hablaremos de ecologías del tránsito permanente, devenires ecológicos o transiciones socioecológicas; en una palabra, de transecología.

6 Al momento de concluir este texto aparecen sendas revisiones transdisciplinarias de divulgación de la historia de las civilizaciones, con ojos occidentales, pero dispuestas a reconocer limitaciones y errores causados a lo largo de su despliegue. Las revistas *New Scientist* y *Scientific American* publican en 2024 su “Essential Guide N.º 21: The Dawn of Civilization” y “Special Collection: The Human Age”, respectivamente, y Yuval Harari su análisis de la evolución de los sistemas de comunicación, en “Nexus”.

7 Aunque la patafísica es “la ciencia de las soluciones imaginarias, que otorga simbólicamente a las delineaciones de los cuerpos las propiedades de los objetos descritas por su virtualidad” (Alfred Jarry, 1911. *Gestas y opiniones del Dr. Faustroll, patafísico*. Arléa), su mayor incidencia radica en la consideración de que, en ella, y siguiendo a Faustroll “[...] cada evento en el universo es aceptado como un evento extraordinario”.

INTRODUCCIÓN

Aun cuando todos los seres vivos buscan transformar el mundo a su favor, los seres humanos, a diferencia de las demás entidades que participan del universo conocido, somos los únicos capaces de modificar los ambientes de los que hacemos parte de una manera profundamente deliberada, consciente y arbitraria; es decir, podemos crearlos lejos del algoritmo genético que determina el rango de posibilidades de acción de cada uno de sus componentes, sean plantas, animales, microbios o fenómenos de la *gea* (ríos, lagos o montañas). A ello le llamamos libertad —paradójicamente, la más natural de las cualidades adaptativas de nuestra especie— y núcleo de la creación de cultura, entendida como ese conjunto de prácticas materiales y construcciones simbólicas con las cuales nos ubicamos en la compleja red de relaciones que definen el funcionamiento del mundo, su ecología. De manera complementaria, la noción de naturaleza aparece como una construcción cultural que proviene del despliegue de sí misma, de sus transformaciones: nada más natural que la cultura, por tanto.

Las hormigas arrieras (cortadoras de hojas) construyen “ciudades” subterráneas gigantescas, donde cultivan, crían y prosperan. Las termitas hacen termiteros para reciclar celulosa, y las avispas, avisperos, y en algunos casos se asocian a colonias

de pájaros mochileros en las copas de grandes árboles, para protegerse mutuamente y prosperar. Los arrecifes se crean gracias a una invención biológica formidable que permite la convivencia dependiente, entre algas y celenterados; es decir, animales marinos del grupo de las anémonas y las medusas capaces de albergar organismos fotosintéticos dentro de estructuras protectoras de carbonato de calcio. Las selvas ecuatoriales están compuestas de miles de especies de árboles conectadas en el subsuelo por extensas redes de hongos que los alimentan a cambio de refugio en sus raíces, en uno de los eventos simbióticos más fascinantes del planeta Tierra: la micorización. Basta con revisar los maravillosos documentales que se producen cada día acerca del mundo viviente para sentir el poder activo de la evolución y admirar las fuerzas que por miles de millones de años (algo realmente inabarcable para nuestras mentes) han forjado la diversidad y la complejidad en la cual aparecimos, y de la cual dependemos como una especie más, por extraña que sea. Incluso si creemos que la vida fue producto de un acto amoroso de un ser invisible (también algo inabarcable), no podemos dejar de sentirnos parte de un universo maravilloso que induce y reclama el mejor de los tratos. La vida, no importa cómo la pensemos, merece ser vivida y disfrutada, pero hasta el momento solo nuestra especie parece capaz de preguntarse por la continuidad de su despliegue.

Desde las tradiciones grecolatinas, a diferencia de quienes creen en el conocimiento revelado e inmutable, creemos que los seres humanos producimos y revisamos continuamente nuestra historia con legitimidad, actuando en consecuencia con nuestros intereses y transformando por ello la química y la biología de la que emergimos hace tres millones de años. Hace poco más de un siglo llegamos al punto de metabolizar petróleo, e hicimos explotar nuestra demografía, pero al tiempo llenamos, de manera inesperada, la atmósfera con CO_2 , y las

aguas, con cocaína y anticonceptivos, y plastificamos e intoxicamos la Tierra, y pudrimos sus aguas, entre muchos otros resultados de una expansión que finalmente parece haber llegado a su límite; al menos, en este planeta. En dicho proceso también intervenimos con guerra y paz en nuestros cuerpos y nuestros hábitos, además del territorio que compartimos entre nosotros y con quienes llamamos las demás especies; es decir, la biodiversidad. Al final, nada hay que lo humano no haya cambiado —y de manera irreversible por demás—; algo que se usa a menudo para asustar y generar culpa, un instrumento de poder muy importante dentro de las estrategias competitivas de los subgrupos de nuestra especie, y que podemos designar como políticas ambientales.

En esa historia también hemos aprendido a detectar las amenazas y las oportunidades para nuestra vida, a presentarlas ante los ojos de otros, aunque con grandes limitaciones, y a debatirlas con el fin de tomar las decisiones más adecuadas para que la humanidad no solo persista, sino que lo haga con equidad y justicia, valores que hemos construido también a lo largo de esa misma experiencia histórica, y que podrían llamarse tanto utilitarios como altruistas o inmateriales, pues representan la convergencia de respuestas humanas ante los retos funcionales que impone el planeta, junto con la búsqueda de sentido de nuestra existencia: al fin y al cabo, lo que deseamos es una vida gozosa para nosotros y nuestros descendientes, en un mundo estimulante y placentero.

El proceso de transformación de la Tierra, que comprende una profunda reestructuración de los sistemas inorgánicos y orgánicos entrelazados o interdependientes, es, ante todo, fruto de las controversias sociales, a veces dirimidas en paz, y a veces, violentamente. La cualidad más importante de nuestro presente, sin embargo, es la consciencia, apenas emergente, de los efectos de nuestras decisiones en el devenir de las cosas en todas

las escalas de la existencia. La filosofía, en algún momento *naturalis*, había sido la herramienta con la cual, desde Occidente, abordábamos adrede el estudio de esa condición, hoy devenida en ecologías; es decir, en una gran diversidad de sistemas de pensamiento que revisan continuamente la acción humana situada, pero relacional. Este texto propone una revisión básica de algunos de estos enfoques, con el propósito de divulgar la riqueza y la diversidad de aproximaciones que los seres humanos utilizamos en el mundo contemporáneo para invitar a cuestionar nuestro quehacer, dada la evidencia, medianamente compartida, de un potencial colapso planetario. El propósito es promover el debate acerca de la naturaleza del cambio —tal vez, incluso del cambio en la naturaleza—, aunque esta segunda parte requiere un acuerdo acerca del concepto mismo de “naturaleza”: si tenemos una visión estática o fija de ella, una versión revelada o dogmática, no tiene sentido hablar de cambio.

En ese giro del pensamiento estamos obligados a hablar de *la naturaleza de la naturaleza*; es decir, del estudio del orden aparente y, tal vez, subyacente de las cosas, un problema que puede ser, o no, metafísico. Hay quienes sugieren que hemos traspasado unos límites planetarios de seguridad para nuestra vida —y así, puesto en riesgo incluso la continuidad de la especie⁸—, pero llegaremos a ello a propósito del concepto de las “Leyes de origen”, que cuando se pronuncian por el pueblo arhuaco en la Sierra Nevada de Santa Marta solo evocan belleza, bondad y buenas intenciones, pero en manos de fundamentalistas proveen la sustancia de la censura, la guerra y el horror: la presunción de verdad, el talón de Aquiles de nuestra especie, proviene de la ilusión del conocimiento absoluto y su proyección política; el problema central de la complejidad

8 Johan Rockström y sus colegas publicaron en 2009 una primera versión de su propuesta de análisis del “espacio seguro de operación para la humanidad”, y luego, en 2023, actualizaron en la revista *Nature* su visión acerca de los grandes límites que han sido transgredidos.

de los sistemas de los cuales hacemos parte, que los hace inaprensibles para tod@s; es decir, donde ningún participante o componente está en capacidad de dar razón de su totalidad y, por ello, estaría obligado siempre a negociar. Como resultado de esta limitación, estamos obligados a construir interpretaciones parciales de algo que ni siquiera podremos establecer como un todo, pese a las pretensiones de universalismo de algunas perspectivas. Vivimos con la convicción de que conocemos una porción adecuada o suficiente de las cosas, el engaño que usan el conquistador y el tirano, en contraposición al estatus de la verdad como proceso, una verdad acordada, a la vez efímera y colectiva.

Antes de presentar la estructura de esta guía es necesario, además, reconocer y profundizar un poco en la evolución de las diferentes sociedades humanas desde esta orilla del pensamiento, y cómo ello ha producido efectos drásticos en la distribución de la cantidad y la calidad de energía y materia disponibles para cada entidad participante de un sistema ecológico de referencia, definida, a su vez, por nosotros como los únicos agentes capaces de hacer el ejercicio. Las hormigas no parecen pensarlos; tampoco los hongos, ni las palmas, ni las gaviotas, aunque se dice que somos esclavos de los gatos. Si las montañas y los ríos, o los escorpiones y las babosas, o los computadores y el metaverso hacen o no parte de la definición básica, las respuestas serán distintas. Si poseen agencia, o se la otorgamos, el escenario cambia.

¡Cada cual arme, pues, su modelo de “naturaleza”, trace sus límites y lance los dados!⁹.

En el caso presente, al entender la ecología como una herramienta heurística diseñada por ciertos seres humanos para

9 M. Foucault decía que, dada la extensión del universo, era imposible establecer alguna isometría con cualquier cartografía mental, y que, por tanto, la noción de naturaleza sería una invención individual.

abordar la complejidad de las relaciones del cosmos —es decir, como una herramienta interpretativa—, se acepta la posibilidad de constituir sistemas de referencia tan amplios, en términos de tiempo y espacio, como se quiera. Por tanto, el uso del término no se restringe a las tradiciones biológicas o científicas de Occidente, ni permite ser capturado por ninguna escuela de pensamiento en particular. De ahí el potencial atractivo que se pretende en el texto, aunque el objetivo final pareciese llevar al planteamiento de una ecología de ecologías, por llamarlo de alguna manera: un sistema de sistemas de pensamiento, que, pudiendo ser ingeniado o codificado desde cualquiera de sus partes, tendría la potencia y la cualidad de alimentar la conversación cotidiana acerca de las expectativas de persistencia de lo humano en un mundo profundamente transformado por esos mismos humanos. Trastornado, también. Por eso mismo, no encontrarán acá una condena o una exaltación explícitas al capitalismo o al socialismo o a otros ismos, salvo algunas referencias indispensables para incentivar esa conversación ecosistémica descentralizada¹⁰ y, por supuesto, para condenar todas las formas de violencia como mecanismo de imposición de un modelo de pensamiento particular¹¹.

En *Las tres ecologías*, texto seminal de la crítica ambientalista a la cultura globalizante contemporánea, Félix Guattari planteó ya en 1989 la posibilidad de interpretar diversos “órdenes ecológicos” del mundo; en especial, bajo el lente de una dura crítica a una sociedad de consumo impulsada por fuerzas totalmente irresponsables del mercado y del Estado. Su *ecología*, una perspectiva que busca humanizar el mundo, parte de la combinación de aspectos ambientales, sociales y de la

10 André Gorz (Michel Bosquet) iniciaba su *Ecología y libertad* (1979) diciendo que “El capitalismo de crecimiento ha muerto [...] el marxismo ha perdido su valor profético”. Editorial Barroja. Cali.

11 Murray Bookchin (1921-2006) reflexionó y escribió profusamente sobre las relaciones del poder y la crisis ambiental, siendo considerado uno de los creadores del “econanarquismo”.

subjetividad (mentales), en tanto busca revitalizar con su perspectiva las pasiones por la interacción, la recuperación del sentido de las relaciones como base para construir mundo: una “revolución [que] no solo deberá concernir a las relaciones de fuerzas visibles a gran escala, sino también a los campos moleculares de sensibilidad, de inteligencia y deseo”. Para Guattari, “en estos dominios, nada se disputa en nombre de la historia, en nombre de determinismos infraestructurales” y “en adelante, lo que estará a la orden del día es la liberación de campos de virtualidad [futuristas] y [constructivistas]”¹².

Gregory Bateson¹³ había precedido a Guattari en una versión más integradora de las perspectivas del conocimiento y los efectos de la comunicación como mecanismo central de la evolución biológica y cultural, y muchos otros autores enfatizarían luego, desde diferentes orillas, la importancia de la cibernética en ellas¹⁴. Los ecosistemas, por tanto, hoy se entienden como constructos comunicacionales, una condición derivada de la infinita e intrincada capacidad de intercambios de materia, energía e información que los constituyen, y que cada vez, ante el advenimiento de la era digital, es más relevante. Finalmente, es necesario citar a Descola¹⁵ en la medida en que propone, con muchos otros, la disolución de las categorías de cultura y naturaleza en una sola perspectiva que permitiría reconocer la soberanía de los modelos del mundo que elaboramos a lo largo de nuestra acción en un territorio, y que guiará también esta guía patafísica.

De esta manera, y sin ningún ánimo totalizante, entonces, propongo en este escrito una lectura práctica y, tal vez, no muy ordenada de lo que, considero, es una serie de formas

12 Félix Guattari, 1990. *Las tres ecologías*. Pre-textos.

13 Gregory Bateson. 1972. *Pasos hacia una ecología de la mente: colección de ensayos en antropología, psiquiatría, evolución y epistemología*. Ballantine Books.

14 Ignacio Siles González. 2007. Cibernética y sociedad de la información: el retorno de un sueño eterno. *Signo y pensamiento*, n.º 50.

15 Philippe Descola. 2006. *Más allá de la naturaleza y la cultura*. Amorrotu Editores.

emergentes de ecología, patentes en sendas perspectivas culturales que están presentes y activas en los debates contemporáneos, y dejan abierta la puerta para que se anulen o se propongan nuevos dominios bajo otros criterios. Lo hago, además, desde mi condición de mujer transgénero sesentera y sesentona, con pretensiones de diva (*per se*, enredada, marginal y, a la vez, privilegiada, lo reconozco), entrenada en las ciencias biológicas grecolatinas y anglosajonas, sumada a una experiencia de vida única (aunque todas lo son), donde predominan los viajes en bus, la academia bogotana y cierto apego narcisista a la furrusca indiscriminada de las redes sociales, mis diálogos con miembros de comunidades indígenas o rurales —sobre todo, colombianas—, mi participación en instancias nacionales e internacionales de la llamada “interfaz científico-política” asociada a la gestión del conocimiento en biodiversidad, y el interés en promover conversaciones no autoritarias en todos los ámbitos de la vida; todo ello, sumado a una convivencia familiar maravillosa, lo cual permea, sesga y, espero, enriquezca este escrito de manera inevitable. Las razones, políticas: si cada cual puede inventar una naturaleza, un universo donde sus intereses justifiquen sus intenciones apelando a la autorización previa que su dogma ecosistémico (ontología) le provee, puede hacerlo, pero eso no garantiza la supervivencia de sí ni la de su grupo de seguidor@s; mucho menos, la de nuestra especie: habitar el mundo no requiere un modelo que dé cuenta de todo (algo imposible), porque todo ya está presente en el modelo, una manera patafísica —tal vez, borgiana— de explicarlo...

Las seis perspectivas a las que quiero hacer referencia, entonces, con un propósito exclusivamente pedagógico, podrían considerarse “dominios emergentes del pensamiento ecológico”¹⁶, a los que me referiré coloquial y atrevidamente

16 Dominio: “Orden determinado de ideas, materias o conocimiento” acorde con la sexta acepción de la RAE. <https://dle.rae.es/dominio>

como “nuevas ecologías”, escogidas de manera subjetiva y con muchas deficiencias categóricas: ellas no son autónomas en absoluto, pues están entrelazadas y llenas de fascinantes vasos comunicantes, sinergias y controversias que los lectores sabrán reconocer mejor que yo. Además, no son estrictamente comparables, salvo a través del lente narrativo que propongo; peras y manzanas; o mejor, uchuvás postestructuralistas y papayuelas transhumanistas. Los invito desde el principio a corroborarlo cuando me refiera a campos tan disímiles como: 1) los *ecofeminismos*, originados en el cuestionamiento radical y cada vez más masivo de las mujeres del siglo XX a las asignaciones de roles reproductivos, productivos y del cuidado en todas las personas, y de donde surgen los brotes más disruptivos de las *ecologías queer* (o *cuir*), que plantean la reestructuración de las identidades sexuales y de género como fuente de crítica a la moralización de versiones convenientes de naturaleza, y la construcción de comunidades de sentido y adaptación al futuro mucho más amplias; 2) las *etnoecologías*, que corresponden a los sistemas de pensamiento de los denominados pueblos originales o indígenas que aún subsisten y manejan el mundo según preceptos más o menos tradicionales en contextos territoriales que parecen haber sido los mismos por milenios, o muy similares, como ocurre con las convergencias selváticas ecuatoriales, que darían lugar a una (o varias) afroecologías, e incluso, a ecologías mestizas; 3) las *ecologías modernas*, a las que llamaré “convencionales”, por hacer parte de una tradición descentralizada, muy rica y poderosa, que incluye temas urbanos e industriales, con las versiones más recientes de la economía circular y regenerativa aplicada a la gestión de los ecosistemas más novedosos en el planeta, pero que a menudo se asocian al expansionismo y la colonialidad del pensamiento “del norte”, y que dan lugar a la crítica de 4) la *ecología política*, dentro de la cual consideraré las contribuciones de la *economía ecológica*, incluidos los ecosocialismos,

y de la *agroecología*, al debate de la sostenibilidad de los sistemas de vida contemporáneos, aparentemente inviables o inaceptables, por estar basados en la destrucción consumista del planeta (*catastrofismos*) y la imposición asimétrica e injusta (fundamental e injustamente asociada al capitalismo, porque hay insostenibilidades ancestrales con justificación religiosa, como en las sociedades de castas) de sus efectos en la población humana, y hoy en día también, no humana, por lo cual algo se dirá de los *animalismos*. Finalmente, abordaré 5) las *ecologías religiosas*, o *ecoteologías*, donde las formas de la trascendentalidad interpelan las tradiciones más antiguas de la espiritualidad, y las concluiré con 6) las *ecologías ciborg*, que van desde las visiones más prácticas de las *ecotecnologías*, mediadas por las innovaciones del mundo robótico y digital, hasta el metaverso, donde la virtualidad añade capas de complejidad al hábitat humano con las oportunidades y amenazas que implica reorganizar el mundo desde una nueva posición, impregnada de una sexualidad reemergente que, por supuesto, es tan experimental como las demás, pero plantea retos de materialidad más radicales, abordadas por lo que podríamos llamar *interfases artístico-científicas*. A todas luces, un reto de interseccionalidad, pues no será difícil encontrar una madre soltera ecofeminista indígena HIV+ que abogue por una economía agroturística modelada por el uso masivo de la inteligencia artificial, un ejemplo con el cual querría superar desde el principio cualquier expectativa fundamentalista en esta guía, que, por demás, no parte de una crítica cultural, pues carezco de los instrumentos para ello, sino de una reflexión originada en la naturaleza de lo viviente, como corresponde a una bióloga que respeta su ley de origen, que la orienta a permanecer... transitando.

En la última sección recuperaré, de varias fuentes, una crítica breve y radical acerca del uso del término “naturaleza” en la cotidianidad, un comodín lingüístico que se ha venido

consolidando de maneras muy diferentes en cada uno de los dominios expresados y con efectos muy contradictorios e invisibles, toda vez que se cree que existe una perspectiva compartida y casi universal al respecto, efecto del mercadeo ambientalista de las últimas décadas y la perspectiva colonialista no superada de los organismos multilaterales. Imposible no abordar en ello el problema de las malas prácticas comunicativas, la simplificación deliberada de los lenguajes y el uso de las redes sociales como instrumento de ocultamiento o de propagandas empresariales, de gobiernos, de organizaciones civiles e, incluso, de comunidades enteras que en su reacción ante la imposición de una sola globalidad acaban indignadas y cooptadas por intereses particulares, lo que deriva en un conjunto de “ecologías imaginarias” sin ningún tipo de asidero material o territorial (incluidos los metaversos), pero que se proyectan, en una dimensión mágica, como guía de las transformaciones del mundo, con los peligros que ello implica: hay una ecología del terraplanismo, es cierto, o una de los grupos terroristas, pero lo que hay en ellas poco contribuye a una formulación adaptativa. Ahí, sin embargo, se ensaya la otra cara de la moneda de esas ecologías imaginarias, que también es poderosa al volar oleoductos, negarse a las vacunas o tratar de habitar el mundo bajo la guía de los gurús de la autoayuda o del veganismo: al traernos una dimensión crítica de los sistemas de relaciones humanos/no humanos también el absurdo es potencialmente liberador.

Al final, si las vertientes más críticas de las ecologías aceptan que se guían por la égida del arte, implacable, tal vez engendren una posición diferente, pues dentro de su perspectiva está, precisamente, la construcción de alternativas estético-políticas para cualquier cosa que definamos como realidad, buscando siempre impedir la imposición de un modelo determinista y autoritario: la cualidad cultural adaptativa de lo humano nos permite imaginar futuros, siempre en plural, para prevenirlos

o construirlos. En ese sentido, los parques temáticos, los museos y las galerías, por citar ejemplos básicos, son algunos de los laboratorios culturales donde se puede usar esta guía: allí se trabajan algunas de las opciones más conservadoras e innovadoras a la vez, mientras otras se despliegan en comunidades experimentales por todo el planeta; incluso, en instituciones educativas, tradicionalmente adoctrinantes, pero llenas de personas que poco a poco se vuelven extrañas al contexto, en una biogeografía conceptual donde la incertidumbre nos plantea escenarios impredecibles, migraciones y derivas perturbadores, en la medida en que plantean formas de existencia demasiado bizarras para nuestra sensibilidad contemporánea. Y no me refiero tanto a los zombis o los vampiros, íconos de la mitología mediática contemporánea, como a las *drag queens* y las invenciones del mundo *anime*, *manga* y *hentai*.

Finalmente, y como no se trata de hacer una interpretación exhaustiva, imposible y pretenciosa del estado actual de las teorías ecológicas y su superposición con el estado del mundo, sino una apuesta pedagógica, me he impuesto como condición narrativa el uso de un@s diez autor@s por dominio (siempre considerando mujeres y uno o dos latinoamericanos), much@s de ell@s amig@s o maestr@s marcad@s por el afecto, con lo cual el sesgo de la discusión queda aún más marcado. Como colofón, en cada caso, recomendaré la revisión de un par de obras de ciencia ficción, novelas o películas y algunas fuentes digitales adicionales, que tal vez sean el mejor recurso para abordar cada tema sin la pesada carga que los escritos académicos imponen. Invito a leer con generosidad a los más odiados, a cuestionar a los más apreciados, a hacer sus propias listas, a disfrutarl@s tod@s. Al fin y al cabo, el mundo posee dinámicas que no controlamos en absoluto, gracias a su complejidad, la única idea que tal vez pueda llamarse unificadora en este ensayo, y que proviene de las inmensas contribuciones de Julio

Carrizosa Umaña al pensamiento ambiental¹⁷, junto con las invitaciones reflexivas de Arturo Escobar en su búsqueda del “postdesarrollo”, que plantea los *estudios de las transiciones* como un área que enmarca parte de esta cartografía¹⁸, enfocada en el diseño de futuros más amables y gozosos.

Ariel

17 Julio Carrizosa-Umaña. 2023. *Afrontar la totalidad: fundamentos para un ambientalismo complejo*. U. Nacional de Colombia. Bogotá.

18 Arturo Escobar, 2010. Prólogo a la 2da edición (2014). En: *La invención del desarrollo*. Universidad del Cauca.



Planetade**Libros**

¿Te gusta leer?

Únete a nuestras
comunidades de lectores
en redes sociales:



@planetadelibrosco



Planeta de Libros Colombia



@planetadelibrosco



@PlanetadeLibrosCo

Conoce más libros haciendo clic en:

planetadelibros.com.co



Grupo  Planeta

Creemos en los libros